

PARTICIPACIÓN E IDENTIDAD. EXPERIENCIA DE LAS TRABAJADORAS VECINALES DEL PLAN MÁS VIDA EN EL GRAN LA PLATA

Mauricio Schuttenberg (CONICET) y María Laura Pagani (CIC)
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
mauricioschuttenberg@gmail.com

Resumen

En este artículo se reflexiona sobre el concepto de participación presente en la política social del Plan Más Vida y en las prácticas cotidianas que genera o reafirma en los grupos de mujeres pobres que lo llevan adelante, denominadas desde el plano gubernamental como “trabajadoras vecinales”.

El tema de la participación social aparece en los últimos tiempos como una herramienta privilegiada en la formulación de las políticas públicas como un medio de fortalecimiento de la sociedad civil. En este sentido, en esta presentación se pretende, por un lado, identificar la referencia a la participación en los discursos gubernamentales, analizando cuáles son sus objetivos; y, por otro lado, describir cómo se vivencian estos procesos de participación desde la mirada de los propios actores barriales, efectores del Plan (manzaneras: titulares y suplentes, comadres y coordinadores). En esta última línea nos interesa indagar acerca de las implicancias en la vida cotidiana de estas mujeres que participan en esta política social, considerando que esta participación consolida prácticas culturales y políticas generadoras de identidades y sujetos sociales que interpelan entre sí y con el Estado.

Para la realización de este trabajo se utilizó una perspectiva metodológica cualitativa a partir del análisis de documentos institucionales del Plan y de entrevistas en profundidad realizadas a las trabajadoras vecinales de distintos barrios bajo programa de La Plata, Berisso y Ensenada durante los años 2004/5.

Palabras claves: participación social – identidad – políticas sociales – subjetividades.

Caracterización del Plan Más Vida

El Plan Más Vida es una política social que se implementa en la actualidad en la provincia de Buenos Aires. Surgió en 1994 como Plan Vida bajo la gobernación de Eduardo Duhalde, para implementarse en las localidades y barrios con elevado porcentaje de desnutrición y mortalidad infantil (1). Pronto se constituyó en la política principal del Consejo Provincial de la Familia y Desarrollo Humano como respuesta a la creciente pobreza y vulnerabilidad de los sectores más necesitados.

El Plan establecía el reparto de alimentos y leche a través de la red de trabajadoras vecinales que el propio plan propiciaba. Esta forma de implementación, sustentada en la propia organización comunitaria, buscaba consolidar acciones en la población beneficiaria que promoviera la práctica de la autogestión e interrelación barrial. El objetivo era que esa red solidaria, construida por mujeres de la comunidad, se transforme en un entramado que canalice la llegada de otros programas, agilizando la labor del Estado. De esta manera, se esperaba que mediante la participación de los propios destinatarios se adecuen los recursos a las necesidades reales de la comunidad, trascendiendo lo asistencial y promoviendo el crecimiento organizativo del individuo y de la comunidad.

La red comunitaria se conformó a lo largo de una década a través de la labor de las trabajadoras vecinales y comadres elegidas por la misma comunidad. Las primeras son las encargadas de recibir las raciones diarias del Plan en el propio domicilio y de distribuirlo a los beneficiarios, son conocidas popularmente como “manzaneras”. Además deben registrar información referida a la situación nutricional y a la asistencia a los controles de salud y capacitaciones de los destinatarios. Las comadres son vecinas, que en el marco del subprograma Comadres, detectan a las embarazadas censadas en el Plan Vida. Este Subprograma tiene entre sus objetivos específicos el fortalecimiento de redes de acompañamiento y contención de las embarazadas y la articulación entre las organizaciones barriales y las instituciones de salud. Asimismo, se propuso capacitar a las beneficiarias en relación con temas de maternidad, lactancia, cuidados prenatales, maternidad adolescente y puerperio.

Durante el año 2002, en la gobernación de Solá, se reformuló el Plan y en ese proceso se diseñó el Más Vida que en varias líneas plantea objetivos que, en parte, implican una continuidad con el Plan Vida y, también plantea otros que apuntan a profundizar y modificar algunas cuestiones en el ámbito comunitario. De esta manera, en la letra del Plan se advierte un nuevo eje además del nutricional que apunta a la implementación de una Estrategia Integral de Cuidado Familiar y Mejoramiento de las

Condiciones de Educabilidad (2) (Ministerio de Desarrollo Humano y Trabajo, 2003).

El Plan Más Vida no es una política universal sino que plantea dos criterios de focalización. Por un lado, un criterio de focalización geográfica que continúa en los 51 distritos en los que se desarrolló el Plan Vida (municipios con más de 50.000 habitantes y en aquellas zonas con mayor porcentaje de población con necesidades básicas insatisfechas –NBI- como los barrios con alta incidencia de población desocupada). Por otro lado, para la asignación de alimentos específicos se establece que son beneficiarias del Plan aquellas familias que entre sus integrantes comprendan a: mujeres embarazadas, mamás que amamantan niños hasta los 6 meses de edad (mamás en período de lactancia), niños de 6 a 12 meses de edad, niños de 12 a 24 meses de edad y niños mayores de 2 años hasta el ingreso escolar (5 ó 6 años de edad cumplidos).

Cómo pensar la participación en políticas sociales. El caso del Plan Más Vida

El Plan Vida y Más Vida son planes cuyas características se ajustan a los lineamientos de las políticas neoliberales. En este sentido, coincidimos con Cardarelli y Rosenfeld (1998) en que “los años 90 encuentra a los países de América Latina desplegando una política social compensatoria, subordinada a las demandas de la modernización económica y, en particular del equilibrio fiscal. Descentralización, focalización y privatización, como transferencia de responsabilidades a la sociedad civil, aparecen como los nuevos paradigmas atados a fuertes condicionamientos de los organismos internacionales que proveen el financiamiento” (3). Desde la óptica de las políticas sociales el debate sobre la participación plantea dos alternativas (Pagani, 2005).

1) Por un lado, se centra en las consecuencias políticas y sociales, analizando a la participación como vía de enormes potencialidades hacia la democratización y el mejoramiento de la sociedad.

Este enfoque enfatiza principalmente dos líneas argumentales:

- la potencialidad de devenir en un método de control del clientelismo, mediante la institucionalización de poderes en la comunidad (Merino, 2002; Cunill Grau, 1991; Blanco Fillola, 2002);
- los efectos democratizadores en la sociedad que generan el fortalecimiento de la sociedad civil y el desarrollo de una democracia de base. En este sentido, Cunill Grau (1991) explica que el proceso de participación ciudadana puede analizarse desde dos ejes:

- como medio de socialización de la política: este planteo refiere a la necesidad de generar espacios y mecanismos de articulación del Estado con los sujetos sociales, como también a posibilitar que las decisiones del gobierno y de la burocracia sean transparentes, ampliando la capacidad de influencia sobre el proceso de toma de decisiones.
- como medio de fortalecimiento de la sociedad civil: este abordaje apunta al desarrollo al interior de la propia comunidad, a la posibilidad de generar mayor autonomía de los sujetos sociales, impulsando la toma de decisiones compartida, el fortalecimiento de los lazos sociales, etc.

2) Por otra parte, se concibe que la participación en las políticas públicas se convierte en un objeto preferido de las manipulaciones políticas, como un instrumento que acentúa la heteronimia en la sociedad civil, al facilitar la construcción artificial de consensos y legitimar desigualdades.

Desde esta perspectiva, se apunta a que los procesos de participación son manipulados políticamente. Las justificaciones son las siguientes:

“En muchos casos, la participación se reduce a la actuación predeterminada por una organización externa a la comunidad, que además elige a las personas que la ejecutarán según los términos y límites establecidos con antelación. En tales condiciones la participación es meramente nominal y su carácter democrático se reduce al mínimo” (4). De esta forma, en muchos programas que promueven prácticas comunitarias, la motivación predominante es legitimar sistemas políticos compatibles con ciertos intereses o valores político-económicos de las clases gobernantes, impuestos “desde arriba”, que no responden a las necesidades de la población destinataria.

En este marco, se promovería una participación “simbólica” que se contrapone con una participación “real”. Según Sirvent (1999) la participación real implica la necesidad de cambios profundos en las estructuras de poder y se da cuando los miembros de una institución o grupos influyen efectivamente sobre todos los procesos de la vida institucional y sobre la naturaleza de las decisiones. Esta participación se concibe como instancia concientizadora y movilizadora a través de la cual la población toma conciencia de los determinantes sociales de las problemáticas particulares que los afectan y potencia una capacidad transformadora (Cortazzo, 1996; Belmartino y Bloch, 1984).

En contraposición, la participación “simbólica” refiere a acciones que ejercen poca o ninguna influencia sobre la política y gestión institucional y generan una ilusión de poder inexistente, simulando un “como si” se participara. Bajo estas formas enmascaradas de participación, se generan relaciones de subordinación, que impiden cambios en las relaciones de poder.

Asimismo, también se señala como argumento que la mayoría de los programas incluyen a la participación como “una forma de

abaratando los costos del programa, asegurar la eficiencia y sobre todo garantizar el control social y político durante la implementación de los mismos, evitando un excesivo poder de decisión por parte de los vecinos y las organizaciones comunitarias. De este modo la población se integra en actividades programadas por funcionarios o agentes estatales, no participa en la planificación de las mismas y tampoco en la definición de prioridades y asignación de recursos” (5).

Ahora bien, al momento de pensar en estas categorías conceptuales, que intentan ordenar y sistematizar las diversas posiciones teóricas acerca de las implicancias sociales y políticas de la participación de la comunidad en las políticas públicas, observamos que estas posiciones aunque explican tendencias en general no agotan los procesos que se desarrollan a nivel barrial.

En el Plan Más Vida se evidencian rastros de ambas perspectivas. Por una parte, en concordancia con la perspectiva más crítica, podemos analizar que el Plan propone la entrega de alimentos y el seguimiento de ciertos cuidados de la salud a partir del trabajo voluntario de una red de mujeres, es decir que el Estado delega a parte de la población -que a su vez es beneficiaria de dicha política-, la responsabilidad de su implementación.

Por otra parte, también observamos que los actores barriales pasan a ser los responsables del control y transparencia del Plan y en la distribución correcta de los recursos. Esta estrategia se presenta en la letra del Plan como una acción tendiente a controlar el asistencialismo que propician las políticas públicas y como una necesidad de consolidar prácticas que tiendan a la autogestión, con el objetivo de adecuar los recursos a las necesidades reales de la comunidad.

Asimismo, desde los discursos de los funcionarios también hay una referencia continua al trabajo voluntario y solidario, remarcando la necesidad de trascender lo asistencial, de despolitizar la acción de estas mujeres y de promover el protagonismo de los beneficiarios.

“El Consejo ha ido tejiendo una red solidaria de mujeres voluntarias, que hoy ya suman más de 30.000...” (6).

“Las trabajadoras vecinales constituyen una organización no gubernamental, no reconocida como tal, pero que funciona realmente de esta manera, trabajando en forma gratuita con los fondos y el material que provee el Estado de la Provincia, a través de una cantidad de planes que ustedes conocen tan bien como yo, y por lo tanto no quiero cansarlos con su enumeración exhaustiva en el momento de esta apertura de sesiones. Esta colaboración entre el Estado y el voluntariado es el eje de una política social moderna, que permite realizaciones mucho más amplias que aquellas que se alcanzan utilizando sólo los recursos administrativos” (7).

“No sabrás de liberales, de izquierdas, ni peronistas, no conocerás las listas, de frentes, ni radicales, sí, a los principios leales de los más necesitados a quienes habrás brindado los más firmes ideales ...”(8).

Otro plano de análisis para abordar el tema de la participación es indagar sobre las distintas instancias que implican estos procesos. Bajo la denominación de participación se observa que pueden introducirse distintas modalidades que varían en función del tipo de vinculación entre la organización estatal y los grupos de base u organizaciones sociales, y en función del poder y control que ejerzan los participantes. Restrepo Botero (1995) afirma que la participación podría dividirse en varios niveles como información, consulta,

co-decisión, planeación participativa, control estratégico, control de ejecución y ejecución. Lo interesante es que para analizar los procesos participativos que se generan a partir de las políticas sociales hay que tener en cuenta que la participación de la comunidad es fuerte en algunas de las dimensiones anteriormente detalladas como en la parte de información, consulta, control de la ejecución y ejecución de las políticas, pero al mismo tiempo es baja o nula en otras como planeación o control estratégico. Esta tendencia es la que se percibe justamente en el Plan Más Vida.

Por otra parte, Ortale (2005) destaca que un aspecto registrado en diversos estudios en contextos de carencias varias, es la activa y diversificada participación en el flujo de recursos (materiales e inmateriales) a través de redes ancladas en lazos sociales “fuertes” (familia, amigos, vecinos), en contraste con el escaso/nulo nivel general de participación comunitaria y política.

Asimismo, creemos importante rescatar que muchos estudios abonan la idea de que es el nivel microsocio la unidad básica donde se ubica la participación (Menéndez, 1995). Es decir, siempre hay participación social, aunque no la teórica ni la que se impulsa desde organizaciones de distinto tipo. Todo grupo social para reproducirse necesita generar estructuras de intercambio recíproco; en toda participación social existen mecanismos bajo la forma de intercambios recíprocos cotidianos, no estructurados e “invisibles”. En esta misma línea, consideramos que el Plan Más Vida genera e institucionaliza redes de intercambios materiales y simbólicos que pasan a formar parte de las estrategias que las familias pobres tienen para sobrevivir.

Esta postura es interesante puesto que marca que las relaciones sociales que se desarrollan a partir del Plan Más Vida se vinculan con la dificultad del Estado para llegar a determinados sectores sociales. En este sentido, la apertura de canales de participación, aunque acotados y reservados a cuestiones de implementación y no de decisión política, provocan cambios importantes en el entramado social barrial y en la subjetividad de los actores sociales.

Otra cuestión a considerar, como bien marcan Cardarelli y Rosenfeld (1998), es que en las políticas sociales con componentes

participativos el poder es otorgado a líderes locales, mujeres promotoras o asociaciones a las que se les transfieren recursos y se les asignan papeles en el esquema de reparto. En este sentido, en el trabajo de campo se ha observado que estas atribuciones legitiman y brindan a grupos y personas (manzaneras, coordinadoras, comadres etc.) identidad social, autoestima y una sensación de pertenencia a un sistema de reconocimiento social más amplio o a una red de lealtades. Es decir que también se identifican experiencias que tienden al fortalecimiento de la sociedad, tal como señalamos desde la primera perspectiva.

De esta manera, los modelos de participación que se despliegan en esferas barriales, como una red de solidaridades próximas, pueden resultar altamente positivos, no sólo en el plano de la satisfacción de ciertas demandas y necesidades (alimentos, vestimenta, etc.), sino también en el de la construcción de identidades individuales y colectivas. Asimismo, en algunas ocasiones y a pesar de los objetivos de control social que animan a los agentes convocantes, estas modalidades acotadas de participación pueden transformarse en acciones colectivas con mayor capacidad de agregar intereses y de demandar espacios decisorios más estratégicos.

Este último punto es fundamental. Muchos de los análisis anteriormente citados conciben a la participación dentro de dos modelos contrapuestos previamente explicitados. Por un lado, la participación “real” implica una transformación profunda de las relaciones de poder y, por otro, una participación “simbólica” que vendría a ser la contracara de la primera y sería funcional al statu quo. Ahora bien, estos dos modelos pueden dejar algunas cuestiones de lado. Por ello planteamos que si bien la modalidad de participación que se generó a partir del Plan Vida, extendida al Plan Más Vida, la podríamos encuadrar dentro de una participación controlada por el Estado, percibimos que en la práctica se van generando nuevos aprendizajes y saberes que van marcando una resignificación de parte de los actores de esos roles y tareas planificadas. Estos generan sentidos y prácticas donde se estima lo comunitario y las relaciones sociales que surgen a partir de la labor cotidiana en el barrio.

En efecto, la implementación del Plan Vida, y ahora Más Vida, se asentó en el trabajo de las manzaneras que fueron resignificando y ampliando el rol otorgado desde el Estado. Muchas de las trabajadoras vecinales de la primera convocatoria continúan hoy día. Cabe entonces preguntarnos cuáles fueron las trayectorias de estos sujetos para pensar la participación en programas sociales, teniendo en cuenta la modificación que el trabajo comunitario otorgó a la identidad de las mujeres.

En este sentido, a partir del trabajo de campo realizado percibimos dos dimensiones de análisis. En algunos casos la participación se desarrolla por motivaciones personales ligadas a la autoestima, al cambio del rol en la familia y en el barrio, etc.; pero que aparece desvinculado de un rol político. El otro plano de interpretación se centra en el refuerzo de los vínculos sociales y políticos que posicionan a estas mujeres en interlocutores directos del Estado que reclaman por sus derechos y por los de sus beneficiarios.

Cambio de rol en las mujeres: del ámbito familiar al barrio

Un eje central que explica la valoración y la importancia que tiene la participación para la red de mujeres en el Plan Más Vida se relaciona con el cambio radical que las mujeres experimentan en el ámbito privado y cotidiano. Su lugar dentro de la familia se transforma, dejando el lugar pasivo para comenzar a tener un rol preponderante dentro del hogar y hacia fuera.

El caso de Eva es paradigmático. Ella es ama de casa y madre de 9 hijos. Su vida cotidiana estaba centrada en el cuidado de sus hijos y de su marido. *“Al año que mi hijo más chico empezó el plan y me enganché y empecé a salir un poco porque había pasado mucho tiempo criando los chicos y una de las cosas más lindas que tengo para vivir es el plan Vida. Me ayudó mucho en lo personal porque no dejaba de ser mamá por salir a llenar planillas o juntarme con mis compañeras, salimos a trabajar juntas, a caminar y visitar a la gente”* (Manzanera).

Fournier y Soldano (2001) marcan dos cuestiones centrales de esta política social y su recepción por parte de las trabajadoras vecinales. Primero, la implicancia que tuvo la inscripción en el Vida en lo personal, es decir en las biografías de estas mujeres. En segundo término, la participación en el Plan Vida habilitó una serie de “atractivos” procesos de distinción y reconocimiento a escala comunitaria y de las instituciones del Estado que se cristalizó en una creciente visibilidad pública y capacidad de interlocución. El “ser manzanera” implicará ocupar un lugar en el espacio de mediación entre el Estado y la gente.

Coincidimos con las autoras quienes destacan que si bien, en su mayoría, ellas vienen de una trayectoria ligada al trabajo socio-político en el ámbito del barrio, íntimamente vinculadas a redes clientelares del Partido Justicialista, “convertirse” en manzaneras implicó cambios en sus experiencias familiares que, en cierta medida, contribuyeron a modificar tanto sus relaciones al interior de sus hogares, como también con el resto de la comunidad.

“Estar en el Plan fue muy positivo por eso que te estoy diciendo de tomar contacto con el otro de una forma más directa, de poder charlar problemas más íntimos o problemas comunitarios como un centro de abuelos, todas cosas que fui conociendo por el trabajo con el plan Vida. Y encontramos una ocupación también. Dejamos de ser las señoras amas de casa que se dedicaban a atender a sus familias y punto, ahora es como que se nos despertó un sentido más solidario, de ver que hay gente que está peor

que uno y que necesita de un montón de cosas” (Coordinadora de manzaneras).

De esta manera, el reconocimiento y la valoración pública del trabajo que realizan las trabajadoras vecinales, refuerza el sentimiento de autoestima y contribuye a redefinir sus posicionamientos en el ámbito privado, hacia adentro del hogar. Este punto es central para entender la valoración que tienen las mujeres de la participación en el Plan Más Vida. Hay sin lugar a dudas una redefinición de su rol familiar a partir del trabajo comunitario. Las historias son muy variadas pero todas giran en torno a una modificación sustancial del lugar que estas mujeres tenían antes del Plan y cómo a partir de comenzar a trabajar su lugar frente a maridos e hijos se modificó como así también su relación con el barrio.

La mayoría de estas mujeres relatan que a partir de que comenzaron en el Plan se contactaron con la gente del barrio, con autoridades y empleados municipales y con otras personas del barrio.

“Antes del plan Vida mi recorrido era alrededor de mi casa y hasta la parada del micro nada más y cuando empecé con el plan Vida tuve que salir y llegar hasta el fondo de mi cuadra que yo nunca había ido y te encontrás con realidades que te golpean fuerte, yo estaba en mi casa y era todo, pero saber que hay tantas necesidades que te impulsan a ayudar, al principio me desmoronaba, lloraba de ver cómo vivía la gente. Me ayudaron las capacitaciones porque hay que salir a hablar con las madres, hacer que se acerque al centro de salud para cambiar la situación y no quedarte con la lástima, si te cierran la puerta en la nariz tenés que insistir, no quedarte con la negativa, insistir porque la que está en riesgo es la criatura y tenés que tratar de llegar a esas personas y tratar de revertir la situación pero sin ir al choque” (Manzanera).

Como se refleja en el anterior testimonio, el Plan prevé instancias de capacitación sobre temáticas referidas a alimentación, salud, educación, etc. Asimismo, estas trabajadoras vecinales reconocen que el acercamiento a diversas problemáticas sociales y el desarrollo de ciertos proyectos comunitarios requieren del conocimiento de nuevas cuestiones. Esta oportunidad de concurrir a cursos las sitúa en un lugar claramente diferenciado de sus vecinas y se vivencia como parte de un crecimiento personal.

“A mí me hubiera gustado meterme más en temas como drogas, alcoholismo, violencia familiar, etc. Si me sale un curso de esos así que te podés meter de lleno lo hago con los ojos cerrados porque me encanta. Siento que me falta como para poder ayudar a otras personas. La idea es utilizar el rol de manzanera para llegar a todas las personas que tienen problemas (Manzanera).

Por otra parte, el hecho de trabajar en red y de apoyarse junto con los beneficiarios también fue generando aprendizajes y prácticas sumamente interesantes que van consolidando nuevas formas de relacionarse.

Mediaciones y capital social

Otra característica que quisiéramos señalar es que las casas de las manzaneras se han convertido, en coincidencia con lo que indican Fournier y Soldano (2001), en centros de referencia de los vecinos, representado “nudos” o espacios de mediación que proveen información y recursos.

“Yo estoy trabajando hace 18 años en lo social y tengo el nexo con el municipio. El nexo es que conozco las áreas sociales del municipio. Cuando tenemos casos muy urgentes para solucionar llamamos a la asistente social, baja, hace el informe y todo el trámite que corresponde. Con el correr del tiempo, los años y el trabajo es donde nos vamos ganando la confianza de la gente y los beneficiarios tienen confianza para plantear cualquier dificultad” (ex manzanera y actual coordinadora).

El rol y la importancia que va adquiriendo la red de trabajadoras vecinales indudablemente están ligados a la capacidad de conectar, de dar respuestas, de agilizar, en fin, de poner en juego lo que Bourdieu llama capital social. Este autor lo define como “el agregado de los recursos reales o potenciales que se vinculan con la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento o reconocimiento mutuo” (9).

Las manzaneras a través de su tarea van consolidando y ampliando el capital social, que es puesto en juego y depende en gran medida de cada una de las mujeres y de su capacidad de conectarse y ofrecer un “plus” a sus beneficiarios. Pero también depende de la “calidad” de los vínculos que ellas puedan ir consolidando; mientras mayor sea el capital social de las mujeres, éstas tendrán mayor reconocimiento de parte de las beneficiarias.

El reconocimiento por parte de la gente del barrio por un lado y de las estructuras partidarias, Estado y otras asociaciones, por otro, otorgan a las manzaneras, comadres y coordinadoras un lugar de suma importancia. Su labor es valorada desde varios ámbitos barriales.

“La gente del barrio valora nuestro trabajo y al Plan Más Vida porque es lo único creíble que le queda a la gente, al barrio, porque es lo único que hasta ahora no se paró. Porque en las épocas difíciles por ahí nos faltaba mercadería pero siempre te queda algo y uno siempre algo a mano tiene y si no lo tiene trata de conseguirlo y nosotras tenemos la gran suerte de que como el municipio nos tiene confianza manejamos la mercadería y por ahí hay gente que no está en el listado, pero pasa necesidad y lo mandan o salimos nosotras a llevar la mercadería” (Coordinadora de manzaneras).

El testimonio anterior marca el lugar que obtienen las mujeres en esa red de ayuda social, puesto que son “habilitadas” por el

Estado para disponer de recursos y por el otro lado, establecen fuertes lazos con los vecinos puesto que son parte del barrio y de las estrategias de los sectores pobres para conseguir recursos.

Por otra parte, se evidencia en las historias personales una constante referencia al afecto que van cosechando a lo largo del desarrollo de sus tareas. El ser valoradas por la gente del barrio es uno de los elementos clave para dimensionar el lugar que las mujeres le otorgan a la participación en el Plan Más Vida.

“Lo que me gratifica es encontrarme con algún chiquito que me saluda, con eso me alcanza, con que me saluden y reconozcan lo que hago. La palabra más gratificante es la del beneficiario, aquella persona que no tuvo nada, incluso la chica a la que yo le arreglé el problema del incendio viene cada tanto a verme porque ella comprende que me costó mucho el cambio, de vivir en una casa a mudarme acá y levantar madera por madera. Ella siempre viene. Ella siempre me dice que va a estar eternamente agradecida por lo que hice por ella; entonces tenía una nena de 2 años, ahora tiene 6 años y otro bebé. Esas son las cosas que te confortan” (Manzanera).

“Mirá el otro día estaba en la puerta de casa y pasó un cartonero con sus chicos con el carrito y les di una pelota de fútbol que tenía, si hubieras visto la cara de esos chicos. Estas cosas te reconfortan y la alegría de los chicos no tiene precio” (Comadre).

Otro aspecto interesante es la cuestión de la perdurabilidad de los vínculos que se establecen entre las redes de ayuda social y la población, en ámbitos en los cuales todo es más bien relativo, flexibilizado y contingente. Dentro de un contexto de marcada inestabilidad económica y social, las trabajadoras vecinales perciben su tarea como la vía de acceso a relaciones estables y consolidadas. Así lo demuestra el testimonio de María que fue manzanera durante varios años. Un día desde la delegación municipal le avisaron que la habían dado de baja por haberse mudado una cuadra. A partir de ese momento María comenzó a “mover” sus contactos en pos de recuperar ese lugar perdido.

Pregunta: *“¿Qué te pasó cuando dejaste de ser manzanera? Respuesta: Me sentí re mal, porque para mí el programa Vida era como vivir, porque yo tengo hijos grandes, estoy sola todo el día; mi marido se va a la mañana y no viene hasta la noche, entonces para mí era una distracción; no paraba en mi casa porque llegaba la hora de la leche, la entregaba y agarraba y me iba a campanear casa por casa para ver si estaban bien las beneficiarias, alguna que venía con problemas yo me iba al centro a hacerle los trámites, documentos, de todo. Todos me decían si me pagaban; no, nadie pagaba, lo hacía porque me gustaba, no obligada; siempre me gustó la parte social, siempre trabajé así en eventos de club de fomento, en todos lados. Siempre tuve mucha actividad y de la mañana a la noche te quedás sin nada, te cuesta”* (Ex manzanera).

En el contacto diario y en la relación que la red de trabajadoras voluntarias se desarrolla un acercamiento que va generando una identificación de las manzaneras con la realidad de los beneficiarios. La cercanía con ellos y el ser parte del barrio fue conformando una forma de participación. Se puede observar un fuerte involucramiento en las cuestiones personales y al rol que la red de trabajadoras voluntarias debería cumplir se le van agregando un cúmulo de tareas que van redimensionando el lugar de estas mujeres en los barrios.

“Es estar un poco en todo, porque es importante que se hagan la ecografía para ver cómo está el bebé y de esa forma quizás no exponerse a una cesárea no prevenida. En general trabajamos junto con el hospital Gutiérrez. Toda mi tarea está relacionada con lo social, sigo a las madres y también a los chicos más grandes para que se vacunen. Hay casos de chicos de 11 años que no se han dado algunas vacunas, y bueno, estamos también en eso. Hemos hecho gestiones también por el tema de ligar las trompas de las madres con muchos chicos. Aunque en ese tema soy sumamente cuidadosa porque a veces los maridos pueden llegar a tener una opinión contraria y no debemos interferir en la familia misma. No obstante, les digo que vayan a buscar las pastillas anticonceptivas a la salita o al hospital. También desarrollamos otras tareas como ser el tema de los alimentos que los maridos les deben a las mujeres. Nos contactamos con abogados ante casos de violencia o separaciones” (Comadre).

La participación como interpelación al Estado

Hasta ahora nos hemos ocupado de describir aquellos testimonios que reforzaban los aspectos positivos de la participación, ligados a la autoestima, y a las motivaciones y cambios vinculados al plano de lo personal, pero desvinculado de lo político. Se concibió también otro plano, centrado en el refuerzo de los vínculos sociales que se dan a partir de la participación en el Plan Más Vida, transformándose en interlocutores directos del Estado reclamando por sus derechos y por los de sus beneficiarios.

“Tuvimos que pelear constantemente, sabíamos que los recursos estaban, que se habían comprado los alimentos que se tenían que entregar de acuerdo con el programa y no aparecían y así fueron apareciendo estas instituciones como la mía, que comenzó en la coyuntura. Veíamos con la médica del barrio que los chiquitos se venían abajo. Esto comienza porque se cae el programa Vida, mirá lo que te digo. Éramos un grupo de mujeres manzaneras que nos reunimos para darles una merienda reforzada a los chicos del Vida o del barrio a los que venían. Claro, entre las mujeres que nos reuníamos y nos enterábamos qué es lo que les estaba pasando a cada cual en su manzana y la médica de la unidad sanitaria que nos decía de los problemas de los chicos,

empezamos así en la coyuntura, nunca a mí se me hubiese ocurrido hacer una cosa de estas porque no era necesario. A este local lo alquilo yo y acá discutimos lo que vamos realizando. (Coordinadora de manzaneras).

La participación en políticas sociales va generando nuevas relaciones sociales en los grupos de mujeres que comienzan a separarse del rol establecido por el Plan y a problematizar su participación y la acción del Estado misma. La crítica al asistencialismo está presente en numerosos relatos. Para la red de trabajadoras es algo necesario pero la acción no debe quedar sólo en eso. A partir de ahí las redes van programando distintas actividades y se van organizando como red no sólo de resolución de problemas momentáneos sino también como redes que tienden al desarrollo comunitario de más largo plazo.

“El rol de las manzaneras es de 24 horas. Nosotras coordinamos de trabajar con los chicos, nos gusta hacer otras cosas, talleres, no sólo darles la comida. Para mejorar la estima de los chicos, porque hay chicos discriminados y la autoestima es todo para el chico, porque es negro de la otra cuadra, dicen los negros villeros del fondo y te miran por arriba del hombro, te tienen miedo, por uno crucifican a todos. Son diez cuadras que son los negros villeros, los chorros, los faloperos, tenemos la policía día a día; nos pasó de jóvenes y sigue así. Si no les reforzamos la autoestima les va a costar salir a luchar, integrarse en sociedad, nos cuesta hoy con 49 años algo mejoré, pero antes me costaba hablar, integrarme si no era gente conocida; gracias a la gente de la militancia pude formarme yo como persona pero me costó mucho” (Manzanera).

Acevedo, Rotondi y Aquín (2001) destacan que desde hace más de una década viene creciendo la pobreza en nuestro país, y juntamente con ella la participación de las mujeres en organizaciones barriales ligadas a la lucha por la defensa y mejoramiento de las condiciones de la reproducción cotidiana de la existencia, que se dirimen en el espacio público societal, entre ellas, bienes materiales y simbólicos directamente dirigidos a la familia, infraestructura y servicios.

Según las autoras, la importancia que tiene la experiencia adquirida en lo colectivo e individual, la posibilidad de trascender lo inmediato, su capacidad de articulación y cohesión con sujetos diferentes, la adquisición de nuevas posibilidades de designar sus problemas, son los aprendizajes centrales. La incorporación de un nuevo modo de nombrar los fenómenos y las cosas, permite otra representación sobre sí mismos y los otros, y nuevas disposiciones para el quehacer colectivo. Es por ello que cuando desde las organizaciones puede visualizarse la consecución de ciertos logros que individualmente no se alcanzaban, se instala una fuerte sensación de aprendizaje y crecimiento.

Estas posibilidades que se despliegan a partir de la participación en políticas sociales tienen que ver con recursos simbólicos obtenidos a través de la experiencia que, además de una dimensión resolutoria frente a la atención de las necesidades básicas, ha logrado efectos socio-educativos que incrementan notablemente el capital cultural de la población interviniente en los procesos organizativos.

También se da en ciertas circunstancias y por liderazgos personales que alguna de estas mujeres tome un rol sobresaliente en alguno de los barrios. En determinadas ocasiones las manzaneras perciben que los vecinos las posicionan como auténticas representantes del barrio para “negociar” hacia el afuera.

“Muchas veces salgo a recorrer el barrio para ver qué le pasa a la gente, ellos si no vienen y me cuentan porque saben que soy manzanera de la primera hora y que tengo contacto con mucha gente. La otra vez me puse al frente de un reclamo para escriturar los terrenos donde vivimos los vecinos. El tema es que nosotros no tenemos escrituras entonces peleamos para tenerlas. El problema es que yo soy siempre la que doy la cara en el barrio y los políticos son unos chantas que te prometen cosas y después nunca cumplen” (Manzanera).

Forjando una Identidad

El barrio no es sólo una realidad habitacional, también brinda una serie de soportes relacionales que sostienen a los individuos. Hay en el contacto diario y en la relación que la red de trabajadoras voluntarias un acercamiento que va generando una identificación del rol de las manzaneras asentado en la representación de los beneficiarios y del barrio. Así lo expresa una comadre: *“siempre trabajo con las manzaneras en el barrio, no hago política lo mío es ayudar al otro. No me identifico como política sino más bien como una representante barrial preocupada por los demás”*.

Este grupo de mujeres a partir de su trabajo cotidiano de más de una década ha consolidado una identidad, un “nosotros”, que se fue fortaleciendo en su rol de representantes “de” los vecinos y como “mediadoras” ante los políticos. Este posicionamiento se legitima en el discurso por la confianza que han adquirido en el barrio *“por tener los mismos problemas y haber pasado las mismas privaciones”* que los beneficiarios del Plan Más Vida, y, porque ante la falta de respuesta de los funcionarios, ellas asumieron el papel de demandar ante las instancias gubernamentales, como hemos expresado en el punto anterior de ser interpeladoras ante el Estado.

“Nosotros trabajamos para los beneficiarios, somos la cara visible del Plan Vida en los barrios y cuando salimos a caminar la gente nos reconoce, si baja gente del municipio la gente no se acerca. Primero va a hablar con la manzanera porque nosotros

somos el puente y el nexo, sabemos la problemática del barrio y conocemos. La mujer se acerca hacia vos con el problema, la gente nos tiene mucha confianza de muchos años, yo, X y X (menciona a dos compañeras) que andamos siempre con la coordinadora y le transmitimos a ella que lleva el pedido un poquito más arriba” (Manzanera).

De esta forma, las trabajadoras vecinales dan cuenta de un sinnúmero de situaciones que claramente exceden lo que programáticamente plantea el Plan Más Vida. La red actúa no sólo en el marco de la política social sino que apunta y se conforma como una red de resolución de problemas más integral. Al despacho municipal suelen llegar pedidos de toda índole: chapas, casillas, medicamentos especiales, traslados; es decir, demandas de innumerables necesidades de los pobladores que son canalizadas por la red del Más Vida.

En este punto es importante retomar el trabajo de Acevedo, Rotondi y Aquín (2001) que señalan que la identidad colectiva se constituye generalmente desde una doble dimensión: identidad sectorial e identidad genérica. Las mujeres que participan se sienten parte de un colectivo y, a la vez, sienten que forman parte no de cualquier sector, sino de un sector particular: las mujeres pobres. Detrás de esto subyace la aparición de un fuerte sentimiento de pertenencia acompañado de la creación de identidad, seguridad y autoestima. La participación en experiencias colectivas, brinda la potencialidad de operar como espacios de contención afectiva y social -en términos de clase o sectores de clase- como un lugar en el que referenciarse.

Esta situación se pudo percibir claramente en las entrevistas realizadas durante el trabajo de campo. Pertenecer a ese colectivo les daba también una sensación de seguridad. Los testimonios abundaban en ejemplos de mujeres que habían perdido algún hijo, problemas familiares, separaciones, etc., todas eran circunstancias en las cuales las mujeres recurrían a esa contención de sus compañeras, a las que perciben como pares.

“Estar en el Plan fue muy positivo, por eso que te estoy diciendo de tomar contacto con el otro de una forma más directa, de poder charlar problemas más íntimos o problemas comunitarios como un centro de abuelos, todas cosas que fui conociendo por el trabajo con el Plan Vida. Y encontramos una ocupación también. Dejamos de ser las señoras amas de casa que se dedicaban a atender a sus familias y punto, ahora es como que se nos despertó un sentido más solidario, de ver que hay gente que está peor que uno y que necesita de un montón de cosas” (Coordinadora de manzaneras).

Reflexiones finales

Como apuntamos anteriormente, el lugar de las mujeres en el ámbito público se trastoca profundamente y en muchos casos las acciones que generan esas formas de participación pueden ser consideradas como tendientes a modificar aspectos de las condiciones de vida y como generadoras de una subjetividad que otorga a estas mujeres una identidad que se consolida en su rol de representantes de las necesidades barriales.

De esta manera, los modelos de participación que se despliegan en esferas barriales, pueden resultar altamente positivos no sólo en el plano de la satisfacción de ciertas demandas y necesidades (alimentos, vestimenta, etc.) sino también en el de la construcción de identidades individuales y colectivas. Asimismo, en algunas ocasiones y a pesar de los objetivos de control social que animan a los agentes convocantes, estas modalidades acotadas de participación pueden transformarse en acciones colectivas con capacidad de agregar intereses y de demandar espacios decisorios más estratégicos (Cardarelli y Rosenfeld, 1998).

Compartimos con Montero (1994) que participar es una forma de ejercer nuestros derechos y de cumplir nuestros deberes como ciudadanos. “Es una forma de apropiarnos del espacio público, a la vez que hacemos ese espacio. Es también ‘un tipo de rebeldía’, en el sentido que supone introducir cambios en situaciones de desigualdad y exclusión vistas como el modo natural de ser de las cosas. Al participar nos hacemos responsables del presente que construimos con nuestra acción. Y en este sentido es también una forma de subversión, pero una subversión que no conlleva necesariamente el dramatismo de las revoluciones, si bien sus efectos pueden ser equivalentes. Es una subversión de todos los días” (10).

Esta idea de Montero invita justamente a pensar la participación que se genera con el Plan Más Vida como procesos donde no sólo se modifica la relación de las mujeres con respecto a su ámbito privado sino que también aparecen nuevas formas de organización que no estaban pautadas en el planeamiento del Plan y que escapan a la diada marcada fundamentalmente por participación real o simbólica. Sin embargo, observamos que estos ámbitos de participación que encuentran y que constituyen las manzaneras y comadres tienen ciertas dificultades para superar el ámbito barrial. No obstante, creemos que es importante rescatar estas experiencias que intentan superar desde lo micro la participación instrumental -planificada por el Plan para la distribución de alimentos y satisfacción de sus necesidades puntuales- hacia un campo político de la reivindicación de los derechos.

- (1) La desnutrición infantil alcanzaba el 21,8 por mil en el interior de la provincia y el 23 por mil en el Conurbano (Consejo Provincial de la Familia y Desarrollo Humano, 1999).
- (2) Vale aclarar que este componente no se ha desarrollado en la mayoría de los municipios.
- (3) Cardarelli, Graciela y Rosenfeld, Mónica (1998), *Las participaciones de la pobreza. Programas y proyectos sociales*, Paidós, Bs. As., pág. 71.
- (4) Montero, Maritza (1994), *Psicología Social Comunitaria*, Disponible en la Página web del IPAP: www.ipap.sg.gba.gov.ar/doc/mmar.doc, pág. 3 y 4.
- (5) Trinchero, Marcela (1996), "Modelos de participación comunitaria de programas sociales", *Revista Escenarios*, La Plata, Año 1, N° 2, Escuela Superior de Trabajo Social, UNLP, pág. 41.
- (6) Apertura de la 126 Asamblea legislativa, 2/3/1998. Discurso del gobernador Eduardo Duhalde, pág. 8.
- (7) Apertura de la 129 Asamblea Legislativa, 1/3/2001. Discurso del gobernador Carlos Ruckauf, pág. 9.
- (8) Poesía "La Manzanera", de Juan José Mussi, ex Ministro de Salud de la provincia de Buenos Aires, citado en Masson, Laura (2004), *La política en femenino. Género y poder en la provincia de Buenos Aires*, IDES, Bs. As. Masson, pág. 109.
- (9) Bourdieu, Pierre (1985), "Espacio social y génesis de las 'clases'", *Espacios*, N° 2, Bs. As, pág. 248.
- (10) Montero, Maritza (1994), *Psicología Social Comunitaria*, Disponible en la Página web del IPAP: www.ipap.sg.gba.gov.ar/doc/mmar.doc, pág. 3.

Bibliografía

- ACEVEDO, Patricia, ROTONDI, Gabriela y AQUÍN, Nora, "La participación comunitaria como espacio de constitución de ciudadanía", *Primeras Jornadas Australes Interdisciplinarias sobre mujeres y desarrollo*, Universidad Austral de Chile, Valdivia, 2002.
- BELMARTINO, Susana y BLOCH, Carlos, "Reflexiones sobre participación popular en salud en Argentina", *Cuadernos Médico Sociales*, Rosario, N° 27, Centro de Estudios Sanitarios y Sociales. Asociación Médica de Rosario, 1984.
- BLANCO FILLOLA, Ismael, "Presupuestos participativos y democracia local: una comparación entre las experiencias brasileñas y españolas españolas" en *VII Congreso Internacional del CLAD: Reforma del Estado y de la Administración Pública*, Lisboa, Oct. Publicado en el Boletín Virtual TOP N° 8 (www.top.org.ar, sitio visitado el 3 de junio de 2005), 2002.
- CARDARELLI, Graciela, y ROSENFELD, Mónica, *Las participaciones de la pobreza. Programas y proyectos sociales*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- CORTAZZO, Inés, "Participación comunitaria ¿Real o ilusoria?", en *Revista Escenarios*, Año 1, N° 1, Escuela Superior de Trabajo Social, UNLP, 1996.
- CUNILL GRAU, Nuria, *Participación Ciudadana. Dilemas y perspectivas para la democratización de los Estados latinoamericanos*, Caracas, Centro Latinoamericano para el desarrollo (CLAD), 1991.
- KALINSKY, Beatriz, WILLE, Arrúe y ROSSI, Diana, *La salud y los caminos de la participación social: marcas institucionales e históricas*, Buenos Aires, CEAL, 1993.
- MASSON, Laura, *La política en femenino. Género y poder en la provincia de Buenos Aires*, Bs. As., IDES, 2004.
- MENÉNDEZ, Eduardo, "Participación social en salud como realidad técnica y como imaginario social privado" en *Cuadernos Médicos Sociales*, Rosario, N° 73, Centro de Estudios Sanitarios y Sociales. Asociación Médica de Rosario, 1998.
- MERINO, Ángel, "Gestionar las ciudades desde la participación", en FISCHER Nilton y MOLL Jacqueline (comps), *Por una nueva esfera pública*, Buenos Aires, Ediciones del Farol, 2002.
- MONTERO, Maritza, *Psicología Social Comunitaria*, Guadalajara, México, Universidad de Guadalajara (Disponible en la Página web del IPAP: www.ipap.sg.gba.gov.ar/doc/mmar.doc), 1994.
- ORTALE, Susana, "¿En qué pensamos cuando hablamos de participación?", Avance del Proyecto *Evaluación de programas sociales en curso en barrios pobres del Gran La Plata*, Dpto. de Sociología, UNLP, 2005.
- PAGANI, María Laura, *Naturaleza, alcances y limitaciones de la participación comunitaria en municipios de la provincia de Bs. As. (1990-2004)*. Tesis de la Maestría en Diseño y Gestión de Políticas y Programas Sociales, FLACSO, 2005.
- RESTREPO, Darío, "Relaciones Estado - sociedad civil en el campo social: una reflexión desde el caso colombiano", en *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, N° 7, Caracas, 1997.
- SIRVENT, María Teresa, *Cultura Popular y participación social. Una investigación en el barrio de Mataderos*, Buenos Aires, UBA-Miño y Dávila Editores, 1999.
- RIVERA, Marcia, *Tejiendo Futuro. Los caminos posibles del desarrollo social*, San Juan, Ediciones Puertos, 2000.
- TRINCHERO, Marcela, "Modelos de participación comunitaria de programas sociales", *Revista Escenarios*, La Plata, Año 1, N° 2, Escuela Superior de Trabajo Social, UNLP, 96.
- FOURNIER, Marisa y SOLDANO, Daniela, "Los espacios en insularización en el conurbano bonaerense: una mirada al lugar de las manzanas", Tercer Jornada Anual de Investigación de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines, 2001.
- GUTIÉRREZ, Alicia, *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*, Editorial universitaria UNM, 1997.
- MERKLEN, Denis, *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*, Buenos Aires, Editorial

Gorla, 2005.

Documentación institucional

CÁMARA DE SENADORES, "Discurso del gobernador Carlos Ruckauf", en Diarios de sesiones. Apertura del 126° Período Legislativo -1/3/98-, disponible en <http://www.senado-ba.gov.ar>

CÁMARA DE SENADORES, "Discurso del gobernador Eduardo Duhalde", en Diarios de sesiones. Apertura del 129° Período Legislativo -1/3/01-, disponible en <http://www.senado-ba.gov.ar>

CONSEJO PROVINCIAL DE LA FAMILIA Y DESARROLLO HUMANO, *Informe Plan Vida (Período 1994-1999)*, Elaborado por el Área de Evaluación y Sistematización del Plan Vida, Gobierno de la Provincia de Bs. As., 1999.

MINISTERIO DE DESARROLLO HUMANO Y TRABAJO, *Resumen Ejecutivo y Síntesis Narrativa del Plan Más Vida*, Gobierno de la Provincia de Bs. As., 2002.

MINISTERIO DE DESARROLLO HUMANO Y TRABAJO, *Documento Base: Informe Técnico del Plan Más Vida*, Gobierno de la Provincia de Bs. As., 2003.